

	<u>Páginas.</u>
XXIII. Querella con una rosa.....	103
XXIV. La flor que tiembla.....	109
XXV. Tu nombre.....	113
XXVI. Justo castigo.....	117
XXVII. La que fué morena.....	123
XXVIII. Las solitarias.....	129
XXIX. La limosna.....	141
XXX. La mosca de oro.....	157
XXXI. Justicia del amor.....	163
XXXII. El Angel de la guarda.....	169
ARTÍCULOS POR JOAQUÍN E. ROMERO.	
I. ¡Cobardel.....	183
II. Juramentos de amor.....	191
III. Desilusión.....	199
IV. ¡El éxito!..	207
V. La tarjeta.....	217



LA PEDIGÜEÑA



I

CERCA de media noche: en la penumbra; la puerta que separa ambos departamentos, permanece cerrada; las dos amiguitas son muy pudorosas, y como están en camisa delante del espejo, no quieren fiscalizar sus mutuas acciones, así es que ellas sólo perciben el suave y caluroso perfume que se desprende de sus cuerpos de nieve y rosa.

Frente á la bruñida luna del *boudoir* se entregan á la agradable ocupación de deshacer su tocado en el silencio de la casa dormida.

—Querida, ¿escuchas?

—Sí, ¿qué quieres?

—Sé amable, yo no sé que he hecho de mi rizada borla de polvos, préstame la tuya.

—¿Para qué la quieres á semejante hora?

—¡Curiosa! préstamela.

—Tóma, buenas noches.

—Oye, jamás he estado más aturdida que esta noche, imagínate, que acabo de hacer pedazos el peine de concha con el cual acostumbro á ahuecar mis cabellos antes de meterme en el lecho, préstame el tuyo, ¿quieres?

—¿Pero de qué te servirá si vas á dormir?

—Dios mío, que mal entiendes las cosas, préstamele querida.

—Toma y duerme en paz.

—Escucha, todas las desgracias vienen juntas; no puedo encontrar las llaves del ropero, á donde Justina acostumbra á guardar mis vestidos, haz el obsequio, de echarme por encima del tabique ó entreabriendo un poco la puerta, aquella preciosa bata de gasa, sutil, casi trasparente que deja adivinar todos los encantos que una mujer honesta debe ocultar siempre.

—Pero hija, para qué quieres á la media noche un vestido tan diáfano.

—¡Qué curiosa eres! Ya te lo explicaré mañana, queridita.

— Es que la bata que me pides está un poco arrugada.....

— Mejor, con eso me evitaré las molestias de una resistencia fingida.

— Tómala, mas confiesa, pequeña, que eres demasiado exigente, mi borla de polvos, mi peine de concha, mi bata de gasa, si continúas así, llegarás á pedirme hasta el preferido de mis amantes.

— ¡Tonta!

— ¿Qué?

— Digo, que también te lo pediría, si no hiciera ya mucho tiempo que te lo he tomado.

Luego la puerta se cerró entre dos sonoras carcajadas; es muy frecuente y muy natural hacerse esta clase de favores á semejante hora.

AVARICIA



II

Siendo yo muy joven, casi un niño, paseaba una tarde sobre el verde césped de la campiña, aspirando con delicia las perfumadas brisas que inquietas y juguetonas acariciaban mi rostro, cuando de repente, al penetrar en el más apartado sendero del bosque, ví caer á mis pies una preciosa margarita que sin duda acababa de desprenderse de su fresco tallo.

Con emocionados ojos contemplaba á aquella pobre flor, cuya vida

se extinguiría al empezar á dibujarse en el horizonte las primeras tintas de la noche: extraño ruido de pasos me hizo volver el rostro y ví con sorpresa parada junto á mí una señora, ni joven, ni linda pero lujosamente ataviada, que me decía con voz temblorosa:

—Os ruego caballero que me déis esa margarita.

Es cierto que yo hubiera querido ofrecérsela á la pura y sencilla aldeana que había compartido conmigo la noche antes su modesta vivienda, pero nó pude resistir al ruego de la desconocida y la entregué la flor diciéndola:

—Puesto que la queréis, tomadla, señora.

* * *

Otro día, menos joven ya, pobre y triste, paseaba mi desgracia por las enlodadas calles de París, cuando apercibí en medio del arroyo sobre un montón de basura, una moneda de oro que brillaba.

Rápidamente, con avidez, loco de alegría y entusiasmo, recogí aquel objeto precioso, guardándolo en uno de los bolsillos de mi chaleco.

Una mendiga sucia y desarrapada que el azar ó la necesidad había llevado hasta aquel sitio, me tendió su descarnada mano, diciéndome con tono lastimero.

—¡Dadme esa moneda por el amor de Dios!

Yo hubiera podido con aquel tesoro darme un opíparo banquete ó comprar el último libro de mi poeta favo-

rito, pero era tan desgarrador el acento de aquella desgraciada, que no pudiendo resistir la compasión que me inspiraba, le entregué el luis de oro.

*
* * *

En otra ocasión, joven ó viejo, rico ó pobre, no recuerdo, paseaba mi desesperación á orillas del mar, en cuya tranquila superficie se reflejaba la luz de la luna.

Entre la finísima arena que tapizaba el suelo, distinguí una estrella de sin igual hermosura que acababa de desprenderse del firmamento; era muy brillante y venía de tan alto que bien merecía la pena de recogerla.

Acertó á pasar en aquel momento

la más adorable de las princesas, joven, hermosa, rica; ¡ah! como despedían relámpagos sus azules ojos en la oscuridad de la noche.

Yo hubiera besado con gusto el polvo que pisaban sus diminutos piecitos.

Vió la estrella en mi mano y dejándose llevar de un raro capricho, me dijo con voz dulce y melodiosa, semejante al sonido que producirían las cuerdas del arpa, al ser pulsadas por los dedos un ángel.

—¿Me dáis esa estrellita?

Es cierto que yo no podía hacer uso ninguno de aquella luz celeste; ¡tienen tan poco valor en la tierra las cosas del cielo! pero sin embargo vacilé, y guardándome la estrella volví la espalda á la princesa.

UNIVERSIDAD DE MONTENEGRO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HEZEB"
1925 MONTENEGRO

COQUELICOTINE



III

—Bésame, queridito mío — dijo Coquelicotine.

—Ahora mismo, cuando yo atravesaba el salón para venir junto á tí, el perrito ha ladrado.

—Diantre—dijo ella—si mi marido llega á despertar estamos perdidos, pero tranquilízate, yo arreglaré para mañana las cosas de otro modo.

En efecto, al día siguiente la hermosa Coquelicotine, hizo tomar á su

esoso una buena cantidad de arsénico en un merengue de grosella; después gritaba desesperadamente:

—Mi pobre marido acaba de entregar su alma á Dios.

Al mismo tiempo una doncella estrangulaba, con sus rosados deditos al inocente faldero.

Pasados los tres días de duelo, ambos amantes se entregaban á amorosos transportes en la oscuridad del elegante gabinete.

—Querida mía—dijo él—has obrado muy mal y tu conciencia ha dejado de ser pura como la luz de una estrella.

—No, amor mío—respondió ella—mi marido era ya muy viejo y no he hecho más que precipitar un poco su muerte.

—No es á él á quien yo comparo, es al perrito, cándida y bellísima Coquelicotine.

CALCULOS DEL AMOR



IV

Ella estaba completamente desnuda.

—¡Oh delicioso tesoro mío!—exclamaba él trastornado de placer—yo te amo, te amo con el alma y los sentidos—y en sus arrebatos de pasión la prodigaba los más tiernos y cariñosos nombres.

Ella había deseado largo tiempo entre suspiros, lágrimas y súplicas, y por fin la ingrata había consentido despojarse por la vez primera, de sus

elegantes vestidos que tantos encantos ocultaban.

Sin embargo, él no se precipitó con el furioso arrebató de la pasión sobre el cuerpo adorado, todo lo contrario, con la más perfecta calma, se acerca á un pequeño mueble estilo renacimiento con incrustaciones de marfil y oro, y sacando una cinta de raso de un metro de larga, se vuelve hacia su amiga que le esperaba recostada sobre el mullido diván y empieza á medirla toda la superficie de su torneado brazo.

—¿Pero qué haces?—exclama la niña estupefacta.

—Espera—le responde con un gesto—no te muevas.

Pasó la cinta desde la raíz de sus dorados cabellos, hasta la rosada

punta de su pie, todo, todo lo midió con febril ardor, interrumpiéndose muchas veces para entregarse á algún cálculo mental.

—¡Seis mil cuatrocientos!

—¡Seis mil cuatrocientos!—repite ella creyéndole loco.

Sin que exista error, es decir, que la superficie de vuestro divino cuerpo, medida por su cara anterior—es preciso reservar la posterior para el porvenir—se compone de seis mil cuatrocientos centímetros, de un cutis más fino y perfumado que la rosa, de manera—prosiguió entusiasmado, pero metódico—que suponiendo que un beso mío cubra tres centímetros de vuestra piel, necesitarán mis labios apoyarse sobre ella dos mil ciento treinta y tres veces, para cubrirla

toda, me parece querida mía que aunque mis besos persistan una hora ó dos, habrá algunos de más larga duración...

—¡Pero Dios mío, entonces esto no acabará nunca!

—Es que, adorada mía, nuestro amor durará hasta la consumación de los siglos.

Y postrado de rodillas, comenzó á besar la puntita de su pie desnudo que colgaba fuera del lecho, haciendo trampas para prolongar la caricia.

EL MILAGRO



V

Había en aquel convento una preciosa monjita que apenas contaba diecisiete años, llamada sor Ninette, amante y devota como ninguna.

¿Devota de quién? De todos los santos, pero especialmente de un hermoso San Cirilo que era gala y ornato de la capilla.

¿Amante de quién? Lo ignoraba, porque jamás hombre alguno había penetrado en las soledades del claus-

tro; pero á pesar de esto, ella estaba dispuesta á mostrarse tan tierna como pudiera con el primer osado galán que escalase el muro, con la expresa condición de que tuviera bigotes; sor Ninette tenía especial predilección por esta clase de adorno del hombre.

Pero ¡ah! que el amante desconocido no llegaba nunca y ella se desesperaba atrozmente.

Una noche en que sus extraños é incomprensibles ardores habían subido de punto, escapó del dormitorio sin hacer ruido, y bajó á la capilla que se encontraba á oscuras y saturada de incienso.

A pesar de las tinieblas, pudo orientarse perfectamente, gracias á la costumbre que tenía de andar por aquel sitio, y llegó sin dudas ni vaci-

laciones, junto al pedestal de la estatua de su santo favorito.

Postrada de hinojos—os suplico por el amor de Dios, San Cirilo de mi alma, ayudéis á esta desdichada, que no puede seguir en tal estado sin exhalar el último suspiro. Ya que tan piadoso sois para las almas desoladas, sedlo también para la mía, que está más desolada que ninguna. ¿Por qué, querido santo, no me enviáis el consuelo que os pido? Los milagros no son difíciles y si tú quisieras yo encontraría entre las sábanas de mi blanco y tibio lecho una persona tierna y apasionada, que me prodigara caricias infinitas.

Me resignaré si es preciso á no gozar... vamos, ya me entiendes, de su compañía más que como la de un

amigo cariñoso que viene á entretener mis ratos de desesperación, pero sobretudo, querida estatua, yo suplico que se os parezca.

No creáis que la monjita hablaba así por adular al santo, y comprometerle más para que obrara el milagro, no, era verdad, hubiera deseado un amante como San Cirilo.

Terminada su plegaria, persignése devotamente, y tornó de nuevo al dormitorio.

¡Ah santo inicuo! había efectivamente entre las sábanas de su lecho una persona, pero era Lina, una novicia fresca y bonita como la flor en su tallo, que aprovechando el sueño de las buenas madres, venía á charlar y reir un ratito con su amiga y compañera Ninette.

Verdaderamente, la joven novicia era preciosa y divertida, sabía multitud de cuentos que refería con incomparable gracia, y versos amorosos que recitaba en voz muy baja; poseía en fin una imaginación y un cuerpo muy agradable, para hacer pasar deliciosamente las noches de insomnio, pero ni era un hombre, ni en nada se parecía á San Cirilo.

Sor Ninette, mientras reía con su amiga, experimentaba sorda cólera contra el bienhechor que sólo á medias la había comprendido.

¡Qué mal pagaba el santo la devoción que siempre le tuvo!

A la mañana siguiente, al entrar las monjas en la capilla para cantar los divinos oficios, echó una furiosa mirada á San Cirilo.

Apenas pudo contener un grito de asombro.

Todo estaba perfectamente explicado; no podía quejarse, el milagro se había verificado, porque el día antes se cambiaron de sitio las imágenes y ante quien ella se había postrado de hinojos, era ante Santa Evelina, bonita y fresca, como una rosa recién abierta.

LA PAJARITA, LA PERLA

Y LA ROSA



VI

Dijo la pajarita:

—Yo no tengo perfumes.

A lo que respondió la perla.

—¡Ay! yo no canto.

Es mucho más cruel—interrumpió la rosa—no tener la dulce y melodiosa voz del pajarillo ni el brillo del Oriente que posee la perla.

Acertaba yo á pasar por aquel sitio y no pude menos que compartir